



Daniela Rea (ed.),  
*Ya no somos las mismas  
y aquí sigue la guerra*

(México, Penguin Random House, 2020, Versión Kindle  
ISBN 978-607-319-444-0)

por Ana María González Luna

Ya no son las mismas, pero son cada vez más numerosas las mujeres –reporteras, poetas, artistas, académicas, documentalistas, fotógrafas, escritoras, investigadoras– que se han ido uniendo a este coro de voces que empezamos a escuchar hace una década en la red Periodistas de a pie y en Pie de Página, como también en los libros *Entre Cenizas* de D. Rea y M. Turati, *Fuego Cruzado* de M. Turati, *Nadie les pidió perdón* de D. Rea, *La ira de México*, *La tropa. Por qué mata un soldado* de D. Rea e P. Ferri, en donde ya era explícita la apuesta por un periodismo narrativo de esperanza. Esperanza entendida como antídoto contra el dolor, como resistencia y capacidad crítica de ver el mundo como es y como podría ser, poniendo el cuerpo y la palabra para que sea posible un cambio. Esperanza como emoción que, como dice Rebecca Solnit, sostiene la comunidad en el momento en el que el orden se desmorona y hay que reaccionar para salir adelante; un concepto que mezcla el compromiso y la conciencia profunda de la incertidumbre del futuro.

En *Ya no somos las mismas: Y aquí sigue la guerra* escuchamos muchas voces unidas por el dolor, el miedo, el acompañamiento y el afecto; las autoras conforman un coro que cuenta, canta, dice, denuncia la violencia y testimonia la lucha, la resistencia, el autocuidado. Una a una, las voces de autoras, testigos, víctimas y defensoras de los derechos humanos hacen eco de una colectividad en la que se refuerzan. Historias que tienen nombre y rostro nos dan la medida de la tragedia, de la catástrofe de la violencia.



El libro se abre con una carta colectiva escrita completamente al femenino, siempre plural: una “Carta desde nosotras”, dirigida “a nuestras lectoras”, para manifestar la intención de contar la violencia desde el cuerpo de las mujeres como posible respuesta única y común al dolor, como testimonio de las redes íntimas de mujeres que salvan. Mujeres que se acuerpan en la lucha desde el dolor, el miedo, el sinsentido, lo afectivo, el cariño, la confianza, la ternura. Y así rompen el sistema epistemológico que separa el conocer del sentir, eligen formas distintas de narración, evitando el lenguaje bélico y tomando como punto de partida la escucha y el cuestionamiento profundo. No hay certezas sino búsqueda continua.

Palabra y cuerpo son los instrumentos de una escritura que se encarna como posibilidad de expresión de los afectos y de desplazamiento del poder a través de la deconstrucción de sus palabras. Desde el horror y el espanto, las catorce autoras nos invitan a tejer vidas e historias con la fuerza de la palabra, “a sembrar raíces aunque hayamos sido arrancadas” (76). Siembran esperanza y sentido con un lenguaje nuevo, resignificando los verbos que han elegido para introducir sus textos; verbos que se declinan libremente para poder narrar el pasado, testimoniar en el presente y apostarle a un futuro que todavía no es.

La estructura en dos partes presenta dos caras de una misma realidad que se mueve y se contiene como el agua evocada en los títulos elegidos: “Una piedra cae en un lago” y “Un dique en el río”. Amar, reconstruir, confiar, abrazar, hermanar y cuidar son los verbos que marcan los textos que describen y dicen las diferentes formas de violencia que se viven en el campo de guerra en que se ha convertido México, según anota Verónica Gago en la presentación de la primera parte. Una violencia que como ondas se expande y avanza sutil y silenciosamente sumando víctimas directas o indirectas. Las ondas de la violencia alcanzan a las hijas de mujeres periodistas – muertas, desaparecidas o perseguidas– a quienes Daniela Pastrana entrevista desde su propia experiencia de maternidad, del ser para el otro, y con la conciencia del precio que también su familia paga por el trabajo que realiza. El mismo periodismo que las ha puesto en riesgo, que las ha roto, ahora las sana con la fuerza del testimonio y del amor que teje historias paralelas. Reconstruir, después de haber sido expulsadas de la propia casa y comunidad por la violencia de los cárteles, adquiere el significado de regenerar lo destruido o perdido desde la propia dignidad en “Las desplazadas se arman a diario”, de Celia Guerrero. Se trata del testimonio de cinco mexicanas desplazadas internas, de voces y palabras de quienes no han sido escuchadas, que nos hablan de dolores, recuerdos y expectativas; del miedo que impide pensar, que enferma, que se guarda, y de lo aprendido como mujeres para salir adelante, para defenderse ante un Estado que las ignora, las invisibiliza. Los testimonios directos de las dos protagonistas víctimas de violación y tortura del texto de Paula Mónaco, “Dos mil días robados”, nos dejan en el desaliento de la violencia brutal y la total impunidad de quienes la ejercieron. El reto para ellas será volver a confiar después de la destrucción de su cuerpo, de la humillación que se añade a su homosexualidad, de cinco años de injusta prisión en los que les robaron dos mil días de vida y el sentido de su mundo se derrumbó.

José Ignacio De Alba abre “Cantos al amor desaparecido” con el abrazo que junta corazones y dolores, que se funde en un mismo sentir, como dice Martha González, una



de las mujeres –esposas o madres– que desde hace años esperan y buscan a los ocho policías desaparecidos en el municipio de Úrsulo Galván en Veracruz. Los testimonios de cuatro mujeres que en la espera han ido tejiendo los lazos de apoyo mutuo que las sostienen se vuelven cantos de amor al marido, al hijo desaparecido. “Despedir a una hermana” es uno de los modos de declinar el verbo hermanar, elegido por Lydiette Carrión como forma de amar y reconocerse en la otra, con quien se está intrínsecamente vinculada. Es la perspectiva que nos dan los testimonios que cuentan de la desaparición y muerte de una hermana o una amiga íntima, habitantes de Ecatepec, en el estado de México: Karen, Bárbara, Diana. Se sienten vulnerables: “No somos malas, simplemente le pasó eso porque sí, ¿o por qué?” (1142), dice Ari, la amiga de Karen; y también culpables porque no le toco a ella, o infelices: “no puedo ser feliz si mi hermana no está” (1287). Emanuela Borzacchiello elige el género epistolar en “Una carta de amor en medio de la violencia” y coloca a la otra persona en el centro de la escucha y de la escritura, con un absoluto respeto de sus decisiones, más allá de las expectativas de quien escribe y quizás quisiera llegar a ver otro final. A momentos pareciera que quien lee es destinataria de la carta y está invitada a reflexionar sobre la fuerza del lenguaje que define a la víctima, sobre Ciudad Juárez como metonimia del feminicidio. Es un hecho que quienes escriben (y quienes leen) son también testimonios de la violencia.

En la segunda parte, las autoras eligen los verbos acuerpar, escuchar, acompañar, procurar, sanar y habitar en su labor de rastreo de prácticas de vida que son testimonio de la contención de la violencia y de un corazón colectivo, según la idea de Raquel Gutiérrez en su presentación. Textos que reflejan el esfuerzo que implica ser un dique en el río, es decir, intentar dar un significado a lo ocurrido y atreverse a volver a sentir el abismo comunicando a los demás la propia experiencia. Un difícil camino de sanación que lleva a expulsar el daño del cuerpo y a descubrir el valor del cuidado como asunto colectivo y de sabiduría femenina. Desde el lenguaje y la escritura, Sara Uribe testimonia su propia experiencia marcada por el abandono y la violencia, en un estado como Tamaulipas, que ha trastocado su lenguaje y la ha llevado a una epistemología de la ausencia tratando de “construir con palabras un sitio para la memoria” (1700), mientras “Aquí sigue la guerra”. A partir de la escucha responsable, Daniela Rea, en “¿Puedes ver a un niño y pensar que no hay futuro?”, alterna la voz en primera persona de varias maestras con textos que dialogan con lo testimoniado y, a su vez, enlazan con otras historias de violencia en otras latitudes y en otros tiempos. En “¿Me ayudarás a levantar su cuerpo?” el verbo acompañar es práctica tanto como estado del ser en dos comunidades de mujeres unidas en la búsqueda de los cuerpos de los desaparecidos: las profesionales académicas que imparten talleres y las madres, hermanas, esposas buscadoras que toman los talleres para tener más elementos con los que continuar la búsqueda. Con un mismo fin se encuentran dos formas de conocimiento: el científico y el de la experiencia. Daliri Oropeza, en “Agua que riega la tierra”, elige el verbo procurar para hablarnos de las acciones que, desde su realidad en el sur de México, aseguran la existencia; para alentar y revelar los motores de la esperanza de dinámicas sociales y culturales. Así como el verbo sanar en “Cuidar a las que cuidan”, de Marcela Turati, se resignifica en la necesidad de reparar la vida, restituir la salud perdida y reconectar el corazón; “recontarse con el corazón” (2620) en un espacio como el de La Serena: una



casa construida y dedicada al 'cuido' de las mujeres que cuidan de otras personas y de la vida, para abrazar a las defensoras de los derechos humanos. Los mandatos que rigen la vida de ese espacio trastocan el estereotipo de la mujer entregada que se olvida de sí misma y la obligan a cuidarse como mandato primero. Una experiencia del autocuidado como acción política. Los espacios se resignifican y se reconstruyen cuando se habitan guardando el lugar a quienes ya no están, cuando nos dejamos abrazar por su memoria, según afirma Erika Lozano en el último de los textos de esta segunda parte, "Ahora caminamos juntas". Los espacios públicos –universidades, calles y plazas– son habitados de formas distintas por quienes se movilizan y resisten al olvido de las personas desaparecidas o asesinadas a través de marchas, acciones artísticas y festivales. Acciones comunitarias que reparan y dan esperanza, como sucedió con el asesinato de Lesvy Berlín Rivera Osorio en la UNAM, el 3 de mayo de 2017.

Las historias de violencia y de cuidado que habitan este libro nos llevan de norte a sur por todo México, desde Sinaloa hasta Oaxaca, desde Tamaulipas hasta Guanajuato, desde Michoacán hasta Chiapas: es un doloroso y esperanzador recorrido por un país profundamente herido, cuyo tejido social está rasgado. Un libro que nos convoca y cuya lectura nos sacude, pero no sin hacernos sentir parte de esa comunidad que se construye conjugando y jugando con los verbos que introducen cada texto. Valga como ejemplo 'acuerpar', elegido por Sara Uribe como acción femenina que lleva al abrazo: "Acuerpar es hacer comunidad con otras. Acuerpar es hacer la palabra abrazo, es hacer palabra que abraza" (1607).

Encontramos una heurística del miedo en el método de trabajo seguido para la elaboración de los textos que se opone a la brecha epistemológica que separa el conocer del sentir y evidencia la conciencia de que la violencia puede poner en peligro la vida misma de la sociedad. Rige, evidentemente, un principio de responsabilidad que las lleva a escribir midiendo y eligiendo las palabras, de modo que sus consecuencias sean compatibles con la sobrevivencia de la vida humana. El miedo no las paraliza; por el contrario, las induce a la escritura como expresión de una responsabilidad asumida hacia el futuro desconocido. Un miedo altruista porque mueve desde dentro al cuidado del otro, a la preocupación por la amenaza que incumbe sobre la existencia propia y de todas las personas que hablan en sus textos.

Así como las autoras dan voz a testigos de la violencia que azota México desde hace décadas, ellas son a su vez testimonio de una auténtica ética de la responsabilidad, posible sólo, como afirma el filósofo alemán Hans Jonas, cuando se es consciente de la propia vulnerabilidad.

---

**Ana María González Luna**

Università degli Studi di Milano-Bicocca

[anamaria.gonzalez@unimib.it](mailto:anamaria.gonzalez@unimib.it)

*I raccomandati/Los recomendados/Les recommandés/Highly recommended*

N. 26 – 11/2021

ISSN 2035-7680